

## **SOLEMNIDAD CORPUS CHRISTI. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 14,12-16. 22-26.**

**El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:**

**- ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?**

**Él envió a dos discípulos, diciéndoles:**

**-Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre decidle al dueño: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?»**

**Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.**

**Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.**

**Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:**

**-Tomad, esto es mi cuerpo.**

**Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron.**

**Y les dijo:**

**-Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos.**

# LA FUERZA DE LA FRAGILIDAD

Hoy, celebramos la **«Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo»**, la festividad del **«Corpus Christi»**. El Evangelio nos presenta el relato de la Última Cena. Las palabras y los gestos de Jesús nos tocan el corazón. Jesús tomó el pan en sus manos, pronunció la bendición, lo partió y lo entregó a sus discípulos, diciendo: **«Tomad, esto es mi cuerpo»**

Es así, con sencillez, cómo Jesús **«nos da el mayor sacramento»**. El suyo es un gesto humilde de **«donación»**, un gesto de **«compartir»**. Jesús, en aquella cena de la Pascua con los discípulos, no reparte pan, se parte a sí mismo. De este modo, Jesús nos muestra que **«el objetivo de la vida es el darse»**, que **«lo más grande es servir»**.

Hoy encontramos **«la grandeza de Dios»** en un trozo de pan, en una fragilidad que desborda de amor y desborda de compartir. **«Jesús se hace frágil»** como el pan que se rompe y se deshace. Pero precisamente **«ahí radica su fuerza»**, en su fragilidad.

**«En la Eucaristía la fragilidad es fuerza»**. Es la fuerza del amor que se nos ofrece para ser acogido y no temido. Es la fuerza del amor que se entrega para alimentar y dar vida. Es la fuerza del amor que nos reúne en la unidad y hace comunidad.

Hay también otra fuerza que destaca en la fragilidad de la Eucaristía: **«la fuerza de amar a quien se equivoca»**. La noche en la que Jesús es traicionado, cuando nos da el Pan de Vida, su mayor regalo, es el momento en el que su corazón **«siente la decepción»** más profunda. Es la decepción por el discípulo que come con Él y lo está traicionando. **«La traición es el mayor dolor para el que ama»**. ¿Y qué hace Jesús? **«Reacciona ante el mal con el bien»**. Al **«no»** de Judas responde con el **«sí»** de la misericordia. Jesús no castiga al pecador, sino que da su vida por él.

Cuando recibimos la Eucaristía, Jesús **«hace lo mismo con nosotros»**. Él nos conoce, sabe que somos pecadores, sabe que cometemos muchos errores, pero no renuncia a unir su vida a la nuestra. **«Nos regala su presencia»**. Sabe que lo necesitamos, por lo que la Eucaristía no es el premio de los santos sino el **«Pan de los pecadores»**. Y como lo necesitamos nos anima: **«¡No tengáis miedo! Tomad y comed»**.

«Cada vez» que recibimos el Pan de Vida, Jesús viene a dar «un nuevo sentido a nuestras fragilidades». Nos recuerda que a sus ojos «somos más valiosos de lo que pensamos». Nos dice que «su misericordia no teme nuestras miserias». Y, sobre todo, «nos cura» con amor de aquellas fragilidades que «no podemos curar por nosotros mismos».

¿Qué fragilidades? Pensemos: la de «sentir resentimiento» hacia quienes nos han hecho daño, la de «enemistarnos» con los demás y aislarnos en nuestro interior, la de «autocompadecernos y quejarnos» sin encontrar descanso. «Es Él quien nos sana» con su presencia, con su pan, con la Eucaristía.

La Eucaristía es «medicina eficaz» para los enfermos que de verdad quieren curarse de todas estas oscuridades. El Pan de Vida, de hecho, nos cura, transformando «nuestras intransigencias en docilidad». La Eucaristía sana porque «nos une a Jesús» y «nos acerca a adoptar su manera de vivir», su capacidad de darse a los demás, de responder al mal con el bien.



Nos da la fuerza para salir de nosotros mismos y acercarnos con amor hacia la fragilidad de los demás, «como hace Dios con nosotros». Esta es «la lógica de la Eucaristía». Recibimos a Jesús que nos ama y sana nuestras fragilidades para amar a los demás y ayudarles en sus fragilidades. «Y esto durante toda la vida».

Hoy en la Liturgia de las Horas hay un himno. Son cuatro versos que resumen la vida de Jesús:

Se dio, naciendo, como compañero;  
comiendo, se entregó como comida;  
muriendo, se empeñó como rescate;  
reinando, como premio se nos brinda.

Que la Santísima Virgen, en quien Dios se hizo carne, nos ayude a acoger con corazón agradecido el don de la Eucaristía y a hacer también de nuestra vida un don. «Que la Eucaristía nos convierta en don para todos los hermanos». ¡Que así sea!